

tamente necesaria para el alimento del obrero y de su familia. «El trabajo, dice, como todo lo que se puede comprar y vender y cuya cantidad puede aumentar ó disminuir, tiene su *precio natural*», el salario, «que suministra al obrero en general el medio de subsistir y perpetuar su especie sin aumento ni disminución». Por otra parte, encareciéndose se las subsistencias por el progreso de la población y la depreciación del dinero, el salario tiende á subir, sin ventaja para el obrero, pero en perjuicio del emprendedor y del arrendatario, cuyo provecho disminuye en la medida que aumenta el salario. El único beneficiado es el propietario, que ve crecer su renta indefinidamente. La cosa es clara. El progreso de la población hace que se roten tierras cada vez más medianas, y como el cultivador tiene que vivir de su cosecha, el costo de su explotación determina la subida del precio del trigo, lo que redundará en beneficio del propietario de las tierras que rinden cosechas abundantes. Sin trabajar como el obrero, sin arriesgar capitales como el empresario, por sólo el hecho de ponerse en cultivo tierras más y más improductivas, el propietario de las feraces se enriquece.

El horizonte que Ricardo abría á la actividad humana nada tenía de consolador: propietarios cada vez más opulentos, obreros de día en día más pobres. No es de extrañar que Sismondi, Villeneuve de Bargemont y, más tarde, Blanqui, dieran la voz de alerta contra estas consecuencias dolorosas atribuidas á las leyes naturales por sus más autorizados intérpretes. Tenían razón. La escuela liberal, que en sus orígenes proclamara la libertad como remedio á todos los males, había dejado poco á poco de atender á mejorar la suerte de los trabajadores aplicándose únicamente el aumento de la riqueza, persuadida, en medio de su optimismo, de que el aumento de la producción en ningún caso podría perjudicar al hombre. «Si Inglaterra lograra ejecutar toda la labor de sus campos y toda la de sus ciudades mediante máquinas de vapor, si no contase más habitantes que la república de Ginebra, aun conservando el mismo producto é igual renta que tiene hoy, ¿se la debería tener por más rica y más próspera? Sí, contesta sin vacilar Ricardo. Es decir, ¡que la riqueza lo es todo y los hombres nada!» Bien dice Droz comentando este pasaje: «Cuando se lee á ciertos economistas, diríase que no se hacen los productos para los hombres, sino los hombres para los productos». Con razón, repito, se esforzaban Sismondi y Villeneuve de Bargemont en encaminar los estudios económicos á su fin último, á saber: la multiplicación de la raza humana y la mejora de su condición por el aumento de la riqueza. En este punto convenían con los primeros socialistas, en términos que Bargemont presentó un programa de reformas que han copiado literalmente los socialistas católicos de nuestros días. Esto no obstante, los economistas ortodoxos se mantuvieron en general insensibles á estas críticas y á estas quejas, atribuyendo, como Dunoyer, las causas de la crisis industrial, antes que al olvido de los «principios de justicia, de moral, de humanidad y de caridad», á la impresión é indolencia de los obreros.

Entre los discípulos fieles de Adam Smith figura también J. B. Say, que en su «Tratado de Economía política», publicado en mil ochocientos tres, reproduce las doctrinas del maestro, sin más novedad que la teoría de los mercados extranjeros y el tratar, á continuación de la producción, cambio y reparto de la riqueza, del consumo, el cual debe limitarse á la satisfacción de las necesidades reales, las conformes con la sana moral. Poco después, en mil ochocientos cinco, Bentham desarrolló la doctrina del *dejar hacer, dejar pasar*, llevándola hasta las últimas consecuencias, é intentó fundar la Economía en el principio del interés del mayor número, con lo que la hubiera dotado de la unidad de que carecía si hubiese sabido desprenderse de las máximas individualistas de los fisiócratas. En su entusiasmo por el método que asignaba á la ciencia económica, llegó á profesar que el mismo método debía convenir á la moral, que subordinó á la Economía, reduciendo el deber á un cálculo de intereses, bien que, en su sentir, el interés general coincide exactamente con el individual. Discípulo de Bentham fué Stuard Mill, estrictamente ortodoxo, que escribió sus «Principios de Economía política con algunas de sus aplicaciones á la filosofía social», para reemplazar la *Riqueza de las naciones*, anticuada ya y no exenta de inexactitudes.

Sucesores indirectos de Adam Smith fueron los eclécticos franceses y los ortodoxos alemanes.

La nueva escuela filosófica de Víctor Cousin, afirmando la existencia de un Dios bueno, de una providencia y la inmortalidad del alma, suministró base á la doctrina económica de que las leyes naturales de la producción y distribución de las riquezas tienden á labrar la felicidad del hombre y que la propiedad y la libertad son derechos primitivos, innatos é indiscutibles. Por estos pasos recobró vigor la metafísica de Quesnay y de Dupont de Nemours; se hizo nueva edición de las obras de los fisiócratas, con entusiastas comentarios; se proclamó que no hay más que una verdad económica, como sólo hay una verdad matemática y jurídica; se promulgaron las leyes prácticas que rigen en todos tiempos y lugares, y se invocó otra vez el progreso indefinido, providencial, mediante el que llegará á ser un hecho la felicidad humana. Pero esta reacción duró poco, y dejando á salvo los principios generales supuestos inatacables, la atención se volvió á los hechos, para hallar solución á los problemas prácticos y proveer á las dificultades presentes. En esta dirección se produjeron multitud de trabajos, todos de carácter ecléctico, como la escuela filosófica de Cousin, por aceptar sus autores cuanto les parecía bueno de las demás escuelas. El método que siguen es también ecléctico: *a priori*, si tratan de principios; *a posteriori* ó experimental, cuando investigan soluciones prácticas. En sus conclusiones, sin renunciar al individualismo y al *dejar hacer*, procuran reservar un puesto á la asociación y á la iniciativa gubernamental. En suma: aportan á la defensa de las tradiciones liberales del siglo décimo-octavo ese saber práctico, ese sen-

tido del justo medio que caracterizó á la burguesía francesa durante su largo predominio político. Entre los representantes de esta escuela, ocupan puesto distinguido Droz, Dunoyer, Rossi, Passy, Blanqui, Bastiat, Chevalier, Wolowski, Garnier, Courcelle-Seneuil, Julio Simón, Baudrillard, De Laveleye y León Say.

Alemania apenas tomó parte en las investigaciones económicas hasta principios del siglo décimo-noveno, y aun entonces se limitó, hasta mediados de la centuria, á asimilarse los resultados obtenidos por Adam Smith, mas no sin imprimir á sus producciones el sello de su espíritu esencialmente sistemático, al par que paciente y observador, é inclinado á conciliar las doctrinas contrarias. Von Thunen (mil ochocientos veintiséis) lleva á las últimas consecuencias las ideas de Ricardo sobre la inevitable separación que el progreso económico ha de producir entre el salario del obrero y el beneficio del propietario, y propone como único remedio á este mal reunir en las mismas manos el capital y el trabajo, esto es, entregar al productor los instrumentos de la producción. Hermann y Rau se esfuerzan en conciliar la doctrina de Smith con las nuevas condiciones de la industria y de la sociedad en general. Al efecto, Hermann, junto al interés individual, primer resorte de la actividad productora, coloca un espíritu social, un conjunto de tendencias favorables á la actividad y que atenúan la crudeza de la lucha económica: en este punto empieza el perseverante esfuerzo de la ciencia alemana por armonizar la Economía con la moral y la política. En este mismo sentido trató Rau todas las cuestiones relacionadas con la ciencia de la riqueza, así en la enseñanza que durante largos años dió en la universidad de Heidelberg como en sus numerosas publicaciones, valiosas, principalmente, por la claridad de las definiciones y clasificaciones en muchos asuntos que sólo habían sido bosquejados á grandes pinceladas, y por los varios ejemplos históricos y estadísticos con que ilustra sus conclusiones. Tuvo también el acierto de volver á la división fundamental de Adam Smith entre la ciencia y el arte económico, por lo que debe ser considerado como precursor inmediato de los economistas históricos. En ninguna parte la doctrina de Adam Smith produjo frutos tan abundantes como en Alemania, al punto de triunfar en el congreso económico de Stuttgart y de penetrar en la legislación prusiana, como veremos más al pormenor en el período siguiente.

Inseparable de la Economía Política es el socialismo, que en este período representan los franceses Saint-Simón y Fourier y el inglés Owen. De todos tres hemos hablado ya al señalar los efectos de sus enseñanzas en el curso de los sucesos; tócanos ahora considerar las ideas que profesaron acerca de la evolución y constitución de las sociedades.

Según Saint-Simón, las sociedades se desenvuelven pasando alternativamente por dos estados: *estado orgánico*, en que todos los hechos de la actividad humana están clasificados y el fin de la acción social claramente definido; *estado crítico*, en que la sociedad sólo presenta una aglomeración de individuos aislados y en lucha los unos contra los

otros. Así, el estado anterior á la era greco-romana fué orgánico; el correspondiente á ésta, crítico. La constitución de la Iglesia cristiana hasta el siglo quince representa el segundo período orgánico; el que empieza con la reforma protestante y continúa en nuestros días, el segundo crítico. El *Nuevo Cristianismo* de Saint-Simón abre el período orgánico contemporáneo, en que llegará á coordinarse la actividad industrial, moral é intelectual de la humanidad entera. La ley de la historia no es, pues, una evolución uniforme y rectilínea, sino dos series alternativas de hechos, de organización la una y la otra de desorganización, lo que Spencer llamará de integración y de desintegración. Esta explicación, aplicada al conjunto de la especie humana, constituía una verdadera revolución en las concepciones sociales, por conciliar la noción del progreso continuo del crecimiento, única reconocida hasta entonces, con los fenómenos de disolución de las formas, fuese esta disolución un progreso ó una decadencia transitoria; por lo que, con todas sus deficiencias, la doctrina de Saint-Simon se acercaba á la verdad más que todas las construcciones anteriores de la vida social.

Las percepciones de Owen, bien que derivadas de una concepción general del universo, son esencialmente prácticas y desprendidas por completo de todo prejuicio religioso y metafísico. En sus *Ensayos sobre la formación del carácter humano* (mil ochocientos doce), declárase partidario de la comunidad con igualdad de derechos, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el del capital. Por sus ideas sobre la naturaleza del desarrollo económico moderno, tiene derecho á ser considerado como precursor de Marx y de H. Georges. Su plan de reforma económica consistía en sustituir, en el seno de una misma comunidad, á los grandes centros especiales y concurrentes pequeños centros agrícolas é industriales combinados entre sí. Tomaba, en fin, la Economía política y sus datos estadísticos como barómetro para apreciar el valor de una civilización, con lo que dotaba al socialismo de carácter científico.

Al pasar de Owen á Fourier pasamos del mundo de la realidad al de las hipótesis, y eso que el fundador de la escuela falansteriana poseía un espíritu crítico y profundamente observador. Esto no obstante, desembarazada de sus hipótesis, ora infantiles, ora audaces, la doctrina de Fourier ocupa un lugar importante en el desarrollo de la filosofía de la historia, no siendo su clasificación de los tipos sociales inferior á las de los más eminentes filósofos de la Alemania de su tiempo. Distingue en el desenvolvimiento entero de la civilización siete períodos: *edenismo*, cuyo recuerdo han conservado los pueblos con el nombre de edad de oro, paraíso perdido; *salvajismo*, en que las familias se unen en hordas para el ataque y la resistencia; *patriarcado*, verificándose la coordinación social sobre el principio familiar; de *barbarie*, caracterizado por la formación de Estados depredadores, dirigidos por jefes militares y déspotas; de *civilización*, inaugurado por la formación del gobierno teocrático y cuyo término señala el feudalismo industrial y capi-

talista contemporáneo; *garantismo*, en el que estamos entrando, caracterizado por la legislación obrera y social, que tiende á garantir á la persona contra la miseria y la servidumbre; de *asociación simple* ó armonía, que describe minuciosamente en el sistema falansteriano y con el que entiende resolver el problema del destino social, que debe plantearse en estos términos: dado el hombre, con sus necesidades, gustos y tendencias innatas, determinar las condiciones del sistema social más apropiado á su naturaleza. Por su crítica de la civilización, por su previsión, del garantismo social, que se afirma más y más en la legislación de fines del siglo décimo-nono; por su concepción de una filiación natural de los estados sociales presentes con los anteriores, y por su descripción del nuevo feudalismo industrial basado en los monopolios naturales y artificiales, Fourier se nos presenta como precursor de ese socialismo francés más integral que el que se desarrollará después en Alemania bajo la influencia de Marx y de Lasalle, cuyas teorías remontan sus orígenes á Roberto.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-SEGUNDO

La Literatura en los pueblos del centro y Norte de Europa

o agotaron *Wallenstein* y *María Estuardo* (1) la vena dramática de Schiller, que, quince días después de representada esta última obra, comenzó á escribir la intitulada *Juana de Arco*, terminándola en menos de nueve meses. El autor supone que la voz que ordena á la pastora de Domremy combatir á los enemigos de su patria, le manda también «cerrar su corazón á todo amor terrestre». Por esta causa, cuando llenos de admiración y transportados de entusiasmo por sus triunfos, Dunois y La Hire solicitan su mano y el mismo Carlos VII la insta para que elija esposo, Juana contesta: «Soy la guerrera de Dios omnipotente; no puedo ser esposa de ningún hombre..... Desgraciada de mí si, mientras mi mano empuña la espada de mi Dios, alimentase en mi corazón algún sentimiento de afecto por cualquier criatura terrestre.....» Succede, sin embargo, que, al herir á un caballero inglés, se enciende en su pecho súbita pasión. Desde este instante, la doncella se juzga infiel al mandato recibido; la protección celeste la abandona; su propio padre va á Reims á acusarla de hechicería, y la gente huye de la infortunada, creyéndola instrumento del infierno. Juana cae en poder de los ingleses; Lionell, el caballero que hiciera latir su corazón y que también se ha prendado de ella, quiere desposarla; pero la heroína no ha tenido más que un momento de debilidad y le rechaza. Entonces recobra su misteriosa virtud, como Sansón. Atacan los ingleses á sus contrarios, los llevan de vencida, hacen prisionero á Carlos VII;

(1) Véase tomo IV, *La Literatura á fines del siglo décimo-octavo*.